

obscuro origen de mi nombre; deja que se cierna todo el nublado de tempestad sobre mí, como decía Víctor Hugo, hablando del fuero interno de la mujer, á propósito de sus liviandades, y del profundo desprecio que le inspira el mundo; vive tranquila, sé feliz; mas con la sindéresis de sus facultades, se dedica al estudio de los problemas de San Petersburgo, hasta llegar á los floridos vergeles de la esperanza; pero no de esa esperanza que nos anima en los más duros y penosos instantes de la vida; que atempera los rigores y flaquezas del destino; que hace insensibles los dolores más agudos, cuando se pierde para nosotros algún ser querido, ó cuando se aleja para siempre un señuelo de nuestros mejores afectos: por ella, en fin, en el sepulcro que guarda las cenizas de nuestras ilusiones, colocamos una sonrisa; y en el sepulcro que guarda las cenizas de nuestro cuerpo, colocamos una flor. No, no fué esa esperanza la que ocupó el profundo pensamiento de D'Alembert; no, fué esa esperanza escueta y fría que se mece airosa en la pesada urdimbre de las probabilidades y que risueña é inconsulta atraviesa los ámbitos de las fragilidades intelectuales.

Sin alargar más estos apuntes, terminaremos nuestra humilde corona dedicada al genio immaculado, que colaboró en la creación del monumento erigido á las letras y á las ciencias, y que se conoce con el sencillo nombre de Enciclopedia Metódica para la cual escribí, además, de sus numerosos artículos, el notable discurso preliminar.

Sin embargo, de que tantos afanes jamás tienen su recompensa en este mundo, D'Alembert, se hizo acreedor á todos aquellos honores que un sabio puede ambicionar: en correspondencia con los hombres más eminentes de su época y cortejado, en cierto modo, por los más grandes soberanos de entonces:

Federico II de Prusia y

Catalina II de Rusia;

murió el 16 de Noviembre de 1783, sin dejar, como otros